

Daniel Bell (1919-2011)

Richard Waters

Richard Waters estudió en St. Edmund Hall, Oxford University. Antes de incorporarse al periodismo trabajó dos años en Lloyd Bank International y dio clases en Chile. Ingresó al *Financial Times* y cubrió mercados de capital internacional e impuestos. En 2002 se mudó a San Francisco, California, donde es jefe de la oficina en la Costa Poniente, encargándose de toda la Costa Occidental, Silicon Valley y la industria tecnológica global. Tomado del diario *Financial Times*, 12 y 13 de febrero de 2011. Traducción de Antonio Saborit.

A POCOS SE LES confiere el don de asomarse al futuro, y sin embargo Daniel Bell, científico social, intelectual y crítico cultural, fue uno de ellos. Anticipó con asombrosa exactitud la llegada de Internet, el ascenso de la economía basada en el conocimiento y con ella el advenimiento de la globalización.

Ya desde la década de los sesenta Bell predijo que las computadoras llegarían a ser tan importantes para la economía posindustrial y la vida social, como los carros y los motores lo habían sido en etapas anteriores de la era industrial. E imaginó un sistema de información basado en “decenas de miles de terminales en casas y oficinas ‘enganchadas’ a gigantescas computadoras centrales que ofrecerían servicios de biblioteca e información, compras al menudeo y servicios de cobro, y cosas así”.

Pocos pensadores en la segunda mitad del siglo XX lograron atrapar los cambios sociales y culturales de la época con tal amplitud y con tal detalle como él. Bell, quien murió de 91 años, fue el modelo de una época que alguna vez él mismo definió perfectamente; el intelectual neoyorkino que “puede hablar durante quince minutos sobre cualquier tema del mundo”.

En el arco de su vida intelectual, Bell trazó la historia política del siglo, de las esperanzas socialistas y los horrores del totalitarismo de la década de los treinta al neo-conservadurismo.



mo de la década de los ochenta (aunque nunca dejó de erizarse cuando lo mal etiquetaban como un *neocon*). En su tan repetida formulación personal, Bell era un “socialista en la economía, un liberal en la política y un conservador en la cultura”.

Entre 1950 y 1970 sus escritos cubrieron la histórica transición social y económica de la posguerra y acuñó el nombre para este nuevo orden en el título de la obra que se convirtió la más conocida: *El advenimiento de la sociedad posindustrial*.

Se trataba de algo más que tan sólo remplazar trabajos en la manufactura con industrias de servicio y trabajadores con conocimientos. En uno de los numerosos prólogos y epílogos con los que más adelante engalanó y reinterpretó su propia obra, estableció el alcance de este cambio, el cual suponía “nuevos principios de innovación, nuevos modelos de organización social y nuevas clases de sociedad”. La antigua lucha de clases marxista había sido remplazada por una meritocracia basada en patrones de educación más altos y por una política del cambiante auto interés personal.

Sin embargo, como les sucede a todos los futuristas, su visión estuvo lejos de ser perfecta. Aun en la parte más alta de la burbuja de las empresas *punto com*, se negó a creer que sus conciudadanos entrarían en masa a las compras en línea: “Junto con las iglesias y los museos, a los estadounidenses les gusta comprar en los centros comerciales: ellos son una experiencia familiar y con frecuencia “[...] uno se ve tentado por nuevos y exóticos productos”.

Hijo de judíos inmigrantes, Bell tuvo una de esas infancias en el sector oriente de Manhattan que se han vuelto materia del cliché cinematográfico. Tras la muerte de su padre cuando él era un niño pequeño, su madre, una obrera de la industria de la confección, se encargó de criarlo y a los trece años se afilió a la Liga de las Juventudes Socialistas. “Crecí en el sector oriente de Manhattan [...] y siempre tuve curiosidad”, dijo en una ocasión. “¿Por qué yo era así? Esto empezó con la depresión. ¿Por qué había una depresión? ¿Por qué pasa hambre la gente? Se supone que sea un gran país. Una vez que asoma esta curiosidad, nunca te abandona”.

En el City College de Nueva York, donde estudió sociología, Bell forjó las relaciones intelectuales que habrían de dar forma a buena parte de su vida —incluido Irving Kristol, quien más adelante se convertiría en la luz guía del movimiento neoconservador.

A la vez que las raíces de Bell estaban en el socialismo, lo que más le interesó fue que Estados Unidos no lograra seguir la



caída que Karl Marx predijo en la lucha de clases y la eventual revolución. El veredicto de Bell: el individualismo estadounidense y la movilidad de su sociedad la han hecho menos vulnerable al conflicto entre los estáticos bloques de clase que predijera Marx.

Conforme iba en decadencia la era industrial con la disminución del número de trabajadores manuales, Bell pasó a hacer una predicción típicamente osada en el título del libro de 1960, que fijó su estatura ideológica: *El fin de las ideologías. Sobre el agotamiento de las ideas políticas en los años cincuenta*. Una frase provocadora que atrajo críticas tanto de la izquierda como de la derecha, pero ella predijo el final del comunismo.

Siempre bromista, Bell más adelante citaría con gusto una crítica soviética que había denunciado su obra como las “ideas altamente ortodoxas” de un ideólogo que representaba una elite científica estadounidense. Y le gustaba comentar ampliamente al uso que todos, desde el presidente Bill Clinton hasta el Unabomber, habían hecho de su análisis de la sociedad pos-industrial.

Tras una carrera precoz sobre todo el periodismo, incluyendo una década como editor del área de trabajo en la revista *Fortune*, Bell y Kristol fundaron su propia publicación, *The Public Interest*. Más adelante se separaron cuando Kristol se desplazó hacia la derecha. Bell se convirtió entonces en un académico y la década de los sesenta la pasó dando clases en la Universidad de Columbia, donde obtuvo su doctorado. En 1969 se volvió profesor de sociología en Harvard.

Su optimismo sobre el surgimiento del nuevo orden meritario, impulsado por la era de la información, tenía su lado oscuro. El capitalismo occidental, según Bell, había estado sembrando las semillas de su propia decadencia.

Fue un punto que soltó en *Las contradicciones culturales del capitalismo*: que el consumismo que había hecho posible el éxito del capitalismo estaba minando los valores puritanos del trabajo duro y la postergación de la gratificación que habían hecho posible al capitalismo en primer lugar. La gratificación instantánea, el individualismo caprichoso —tal y como los expresaban el modernismo y el movimiento de la contracultura— y el crédito fácil se combinaban para producir una crisis moral. Todo lo anterior podía llevar, temía Bell, al fin del “sueño americano”. Está por escribirse el último capítulo de ese libro.

Los dos primeros matrimonios de Bell terminaron en divorcio. Lo sobreviven su tercera esposa, Pearl, un hijo y una hija.

Tras una carrera precoz sobre todo el periodismo, incluyendo una década como editor del área de trabajo en la revista Fortune, Bell y Kristol fundaron su propia publicación, The Public Interest.

